

**BIRTHDAY
GIRL**

PENELOPE
DOUGLAS



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Birthday Girl*

© Penelope Douglas, 2018

Este libro se ha publicado gracias a un acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC por medio de International Editors' Co.

© de la traducción: Mariona Gastó, 2021

© 2022, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26670-9

Primera edición en formato epub: enero de 2024

ISBN: 978-607-39-0890-0

Primera edición impresa en México: enero de 2024

ISBN: 978-607-39-0879-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

1

Jordan

No responde. Es la segunda vez que lo llamo en los últimos quince minutos; también le he escrito, pero con la misma suerte. ¿Sí pensaba acordarse de estar aquí a las dos?

Cuelgo y echo un vistazo al reloj que hay encima de la barra. Ya casi es medianoche. Aún faltan dos horas para que mi novio suponga que salí de trabajar y venga a recogerme.

Y yo que creía que hoy había tenido la suerte de salir de trabajar antes.

«Maldición».

Tengo que arreglar el coche. No puedo seguir dependiendo de él para ir a todas partes.

La música satura el aire a mi alrededor. A mi derecha, los clientes ríen; a mi izquierda, las demás meseras ponen más hielo en el congelador.

Esto ya está empezando a molestarme. Si no responde es porque está durmiendo o ha salido. En cualquier caso, cuando se acuerde de mí ya será demasiado tarde. No siempre es así, pero tampoco sería la primera vez que me deja tirada.

Supongo que ese es el problema de que tu amigo se convierta en tu novio, que continúa pensando que, aunque la riegue, podrá salir impune.

Saco la blusa y la mochila de la universidad del armario que hay debajo de las llaves y me guardo el celular en el bolsillo. Me pongo la blusa de franela encima de la camiseta de tirantes, la abrocho y meto la parte delantera en los jeans. Elijo ropa un poco sexi para que me den más propinas, pero ni de broma voy a andar por ahí con esas fachas.

—¿A dónde vas? —pregunta Shel mirándome de reojo mientras coquetea.

Miro a mi jefa, con su cabello negro con mechones rubios recogido en una cola de caballo alta y el tatuaje de una hilera de corazones diminutos que rodea la parte superior de su brazo.

—Exhiben *El despertar del diablo* en el Grand Theater a medianoche —le cuento mientras cierro el armario y me paso la correa de cuero de la mochila sobre la cabeza—. Iré allí a matar el tiempo y a esperar a Cole.

Shel termina de servir la cerveza y me mira como si quisiera decirme un montón de cosas, pero no supiera ni por dónde empezar.

«Sí, sí, ya lo sé».

Ojalá dejara de mirarme así. Teniendo en cuenta que Cole no responde el teléfono, es muy probable que no venga a recogerme a las dos. Eso lo tengo claro. Igual está superborracho en casa de algún colega.

O quizá está durmiendo en casa, puso una alarma para venir a buscarme y dejó el teléfono en otra habitación. Es poco probable, pero no imposible. Aún tiene dos horas. Le doy dos horas.

Mi hermana está trabajando y en mi trabajo no hay nadie que pueda salir para llevarme a casa. Está siendo una noche tranquila y yo soy la única que puede irse antes porque no tengo hijos que mantener.

Aunqu también necesito el dinero desesperadamente.

Agarro la correa de la mochila a la altura del pecho y me siento como si tuviera más de dieciocho años.

«Bueno, ahora diecinueve». Casi se me olvida qué día es hoy.

Respiro hondo y me esfuerzo en que la preocupación se desvanezca, al menos esta noche. Mucha gente de mi edad tiene problemas económicos, no puede pagar las facturas y depende de los demás para que les sirvan de taxista. Sé que creer que tendría la vida solucionada a estas alturas era esperar mucho, pero no por ello resulta menos frustrante. Me da muchísima rabia que parezca que no me valgo por mí misma.

Tampoco puedo culpar a Cole; fue cosa mía invertir el dinero que me había sobrado del préstamo de estudios en reparar su coche. Y él también ha estado apoyándome. Hubo un momento en el que solo nos teníamos el uno al otro.

Shel se voltea, deja la cerveza en la barra, delante de Grady, un cliente habitual, y recoge el efectivo. Luego, mientras introduce el dinero en la caja registradora, me lanza otra mirada.

—No tienes cómo irte a casa —señala— y ya es de noche. No puedes ir caminando hasta el cine. Los proxenetas buscan precisamente a chicas como tú: rubiecitas, jóvenes...

Resoplo.

—Tienes que dejar de ver tanto la televisión.

Tal vez haya ciudades más grandes no muy lejos de aquí, y Chicago queda a solo unas horas, pero este sitio sigue estando en medio de la nada.

Levanto el pase y salgo de atrás de la barra.

—El cine está a la vuelta de la esquina —respondo—. Si corro como si no hubiera un mañana, llegaré en diez segundos.

Al marcharme, le doy una palmadita en la espalda a

Grady. Su cola de caballo gris se mece cuando voltea, me guiña un ojo y dice:

—Adiós, chiquilla.

—Buenas noches.

—¡Jordan, espera! —grita Shel, que está al lado de la rocola.

Dirijo la mirada hacia allí. La veo sacar dos cajas de la hielera, una de las cuales es un tetra pak de vino, y las empuja sobre la barra hacia mí.

—Feliz cumpleaños —añade mientras me dedica una sonrisa como diciendo: «Por si lo dudabas, no se me olvidó».

No puedo evitar sonreír. Abro la cajita de Krispy Kreme y descubro media docena de donas.

—Con las prisas no pude tomar nada más —explica.

Oye, no me quejo. Es pastel, al fin y al cabo. Bueno, más o menos.

Cierro la caja, levanto la solapa de mi mochila de cuero y meto el botín, vino incluido. No esperaba que nadie me regalara nada, en serio. Es bonito que se haya acordado. Mañana saldré con Cam, mi hermana. Estoy segura de que me sorprenderá con una camiseta bonita o unos aretes espectaculares, y mi padre, probablemente, me llame a lo largo de la semana.

Aun así, Shel sabe cómo hacerme reír. Soy bastante grande para poder trabajar en un bar, pero no para consumir alcohol. Tomarme ese vino a escondidas fuera del local será la locura de esta noche.

—Gracias —respondo mientras me inclino por encima de la barra y le doy un beso en la mejilla.

—Ve con cuidado —añade.

Asiento, me doy la vuelta, me dirijo a la puerta de madera y salgo del bar.

La puerta se cierra detrás de mí y la música del interior se convierte ahora en una melodía lejana. Mis pulmones ceden y sueltan todo el aire que ni siquiera yo sabía que había estado aguantando.

Quiero a Shel, pero ojalá no se preocupara por mí. Me mira como si fuera mi madre y quisiera arreglar todos mis problemas.

Supongo que habría sido muy afortunada si hubiese tenido una madre como ella.

Me envuelve un aire fresco y agradable; el frío de la noche hace que se me ponga la piel de gallina en los brazos, y el perfume de las flores de mayo entra por mi nariz. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y tomo una bocanada de aire mientras la suave brisa mece los mechones largos de mi flequillo, lo que me produce un cosquilleo en las mejillas.

Ya falta poco para esas calurosas noches de verano.

Abro los ojos, miro a la izquierda y a la derecha y veo que las banquetas están vacías, aunque hay coches estacionados en ambos lados de la calle. El estacionamiento del *Veteran For America* también está abarrotado. A estas horas, sus noches de bingo suelen dejar paso a un ambiente típico de bar, y parece ser que los parroquianos continúan dándolo todo.

Al girar a la izquierda, me suelto el cabello, dejo caer mis rizos y me pongo la liga en la muñeca antes de retomar la marcha.

Es una noche agradable, a pesar de que todavía hace fresco. El alcohol abunda en las calles de esta zona y su olor se va colando en mi nariz a cada paso que doy.

También hay demasiado ruido, demasiados ojos.

Acelero el paso, con ganas de desaparecer en la oscuridad del cine durante un rato. No suelo ir sola, pero cuando programan una película antigua, de los ochenta, como *El despertar del diablo*, no tengo elección. A Cole le encantan los

efectos especiales, y las películas anteriores a 1995 no le llaman la atención.

Pensar en sus manías me hace sonreír. No sabe lo que se pierde. Los ochenta fueron una época maravillosa. Una década de pura diversión. No todo tenía que tener sentido o ser tan profundo.

Es una válvula de escape, y lo será todavía más esta noche.

Doblo la esquina y voy hacia la taquilla. Aún faltan unos minutos para que empiece la película, lo cual es genial porque odio perderme los avances que pasan al principio.

—Un boleto, por favor —pido.

Saco del bolsillo el fajo de propinas de esta noche y pago los siete con cincuenta que cuesta el boleto. Entre la renta que está por vencerse, y todas las facturas que ahora mismo no podemos pagar y se amontonan en el escritorio del departamento que comparto con Cole, no es que me sobre el dinero. Pero, bueno, no me arruinaré por siete dólares.

Además, es mi cumpleaños, así que...

Mientras me dirijo a la sala, esquivo el puesto de palomitas y voy directo hacia las puertas batientes. Aquí solo tenemos un cine y, sorprendentemente, ha sobrevivido durante sesenta años, a pesar de que abrieron otros mucho más grandes, con doce salas, en las ciudades de alrededor. El Grand tuvo que ingeniárselas y empezó a proyectar clásicos a medianoche, como hoy, e incluso a celebrar eventos de etiqueta o fiestas privadas. Entre las clases y el trabajo, no suelo venir mucho por aquí, pero es un buen lugar donde refugiarse cuando quieres desaparecer un rato. Un sitio solitario y tranquilo.

Después de cruzar las puertas, vuelvo a mirar el celular y confirmo que Cole sigue sin llamar ni escribir. Lo pongo en silencio y vuelvo a guardarlo en el bolsillo.

Van saliendo anuncios en la pantalla, pero las luces continúan encendidas; aprovecho para dar una ojeada rápida a la sala: hay uno que otro espectador solitario más. En la fila del fondo, a mi derecha, hay una pareja; en medio, un grupo de chicos que, a juzgar por su desconsiderada risa, deben de ser muy jóvenes. De las trescientas butacas que tiene la sala, doscientas ochenta y cinco siguen libres, así que puedo elegir dónde sentarme sin problema.

Bajo cinco o seis filas buscando una que esté completamente vacía; cuando la encuentro, avanzo hacia la mitad y tomo asiento. Dejo la mochila, saco el tetra pak lila de vino procurando no hacer ruido y leo la etiqueta bajo la tenue luz.

«Merlot». Tenía la esperanza de que fuera vino blanco, pero estoy segura de que Shel se quiere quitar este de encima, pues solo lo servimos cuando tenemos un evento al aire libre y no queremos que haya cristal.

Desenrosco el tapón e inhalo el fuerte olor del líquido, no percibo ni uno de los sofisticados aromas que los sommelier parecen apreciar en los vinos. Ni rastro de «roble con fuerte aroma de cerezas», o algo parecido. Muevo la bandeja del asiento hasta tenerla frente a mí, y aprovecho que no hay nadie en la fila de adelante para poner mis Converse Chuck en los reposabrazos de los asientos.

Coloco el vino encima de la bandeja, saco el celular del bolsillo de la chamarra y lo dejo justo al lado del tetra pak, por si llama Cole.

Sin embargo, el aparato resbala, se desliza entre mis piernas y cae al suelo. Levanto las rodillas para intentar atraparlo, pero estas chocan con la bandeja, que manda el vino abierto directo al suelo mientras se derrama.

Abro tanto la boca que la mandíbula casi me llega al suelo y ahogo un grito.

—¡Demonios! —susurro.

«Pero ¿qué...?».

Bajo los pies, empujo la bandeja a un lado y me arrodillo en busca del celular. El vino me moja los dedos y hace que me estremezca. Al levantar la cabeza, veo que hay un grupo de tres chicos unas filas más abajo, justo delante de mí, y que el vino va directo hacia ellos, en cascada.

Gruño. «Genial».

Una gota de sudor frío se desliza por mi frente. Me levanto y tiro de la bufanda que había metido en la mochila para secarme los dedos. Lo último que quiero es ensuciarla, pero no tengo servilletas.

«Qué asco».

Cuánto lío por evadirme estas dos horas.

Miro a mi alrededor para ver si encuentro algún acomodador con una linterna. En realidad, dudo de que en este cine los haya, sobre todo a estas horas de la noche, pero la única linterna que tengo es la del celular y está todo muy oscuro.

Como no veo a nadie, tomo la bufanda y la mochila y bajo una fila más. Vuelvo a arrastrarme debajo de las butacas con la esperanza de encontrar mi teléfono. No hay nada, así que bajo una fila más, y luego otra, porque estoy bastante segura de que he oído como caía. Aunque, teniendo en cuenta que las filas están en pendiente, también podría haber ido bastante lejos. «*Mellevaeldi...*».

Bajo otra fila más, dejo mis cosas en el suelo y me pongo en cuatro patas para palpar a tientas entre las hileras de butacas que tengo a ambos lados. Hay un par de piernas vestidas con jeans justo delante. Levanto la cabeza y veo como un hombre arrellenado en su butaca a punto de meterse un puñado de palomitas en la boca me mira fijamente con las cejas levantadas.

—Lo siento —susurro al tiempo que me aparto el cabello y

me lo coloco detrás de la oreja—. Se me derramó la bebida y mi celular cayó por aquí. ¿Te importa si...?

Duda durante un segundo. A continuación, pestañea y se endereza.

—Por supuesto. —Hace la bandeja de su butaca a un lado, se levanta y saca algo del bolsillo—. Toma.

Enciende la linterna de su celular, se agacha y alumbra al suelo.

Inmediatamente veo que mi teléfono está debajo de la butaca que hay al lado de la suya y lo agarro. «Gracias a Dios». Los dos nos levantamos y siento que mis hombros se relajan. Ahora mismo no puedo permitirme comprarme otro. Deslizo los dedos por la pantalla para asegurarme de que no se ha roto.

—¿Lo tienes? —pregunta.

—Sí, gracias.

Apaga la linterna, se acerca y pasa los dedos por la parte inferior de mi celular. Luego se lleva la mano a la nariz y la olisquea.

—¿Es... vino? —pregunta con una mueca.

Bajo la vista al suelo y me doy cuenta de que tiene los pies justo encima de la bebida que se cayó tres filas más arriba.

—Ay, Dios. —Levanto la mirada—. Lo siento muchísimo. ¿Te manchaste mucho?

—No, no, tranquila. —Suelta una risita y sus labios se curvan más hacia un lado que hacia otro mientras saca los pies del charco de vino—. No sabía que aquí vendían alcohol.

Tomo la bufanda y limpio el celular.

—No, no lo venden —respondo en voz baja para no molestar al resto de los espectadores—. Acabo de salir de trabajar y mi jefa me lo dio porque... Este... —Sacudo la cabeza

mientras intento dar con la palabra correcta—. Para, em... celebrar.

—¿Para celebrar?

—¡Shsss! —sisea alguien.

Los dos desviamos la vista hacia el chico en la fila de atrás, a nuestra derecha, que nos lanza una mirada poco amigable por el rabillo del ojo. Todavía no ha empezado la película ni han salido los avances, y tampoco estamos obstaculizándole la visión, pero supongo que lo molestamos. Me aparto y me acerco donde dejé antes la mochila.

El tipo que me ayudó toma su bebida y las palomitas y hace lo mismo. El gel de baño que usa tiene un aroma tan peculiar que no me pasa desapercibido.

—Solo quiero apartarme para no seguir pisando esto —dice.

Se sienta unas filas más abajo, me mira y luego mira hacia donde estaba yo antes, cuando se me cayeron el celular y el vino.

—Puedes sentarte aquí, si quieres. —Señala la butaca que hay a su lado. Debe de suponer que yo tampoco traje acompañante.

—Gracias —contesto—. Voy a...

Dejo la frase a medias. Subo unas filas, recojo la mochila y volteo en dirección a mi antiguo asiento cuando veo entrar a un chico y una chica. Me quedo helada. Los veo girar a la izquierda y subir hasta la última fila, en la otra punta de la sala. Luego se dejan caer en sus asientos.

«Maldición».

Jay McCabe. El único novio que he tenido aparte de Cole. A su lado, Cole parece todo un caballero. Por desgracia, a Jay todavía le gusta molestarme siempre que puede, pero hoy no estoy para aguantar sus tonterías.

—¿Estás bien? —me pregunta el hombre, con la luz del

celular encendida—. Te prometo que no estoy intentando ligar contigo. Eres demasiado mayor para mí.

Le lanzo una mirada y me olvido de Jay y de la chica por un segundo. «¿Demasiado mayor para él? ¿Cómo?». Me quedo mirando a ese tipo de más de un metro ochenta, con unos músculos que se aprecian debajo de su camiseta y un enorme antebrazo derecho lleno de tatuajes que desaparecen donde empieza la manga. He visto a miles de tipos así en el bar y ese hombre no se parece en nada a un chico de diecinueve años. Debe de tener por lo menos, qué se yo, ¿treinta?

Resopla.

—Era broma —añade mientras se dibuja en su rostro una sonrisa de oreja a oreja que hace que me relaje un poco—. Solo decía que, si no quieres ver la película sola, puedes sentarte conmigo.

Miro de nuevo hacia Jay y quienquiera que esté con él, pero de repente un grupo de chicos atraviesa las puertas batientes e irrumpe en la sala con muchísimo ruido. Jay desvía la mirada de la chica y la dirige hacia el alboroto. En un acto reflejo para evitar que me vea, me siento en la butaca que hay al lado de ese tipo.

—Gracias —le digo.

Siento la presencia de mi ex en el cine y los recuerdos me traen a la memoria aquella época en la que dejé que me hiciera sentir inútil. Yo solo pido una noche sin pensar en nada.

Me recuesto e intento relajarme. Sin embargo, no tardo en advertir, por el rabillo del ojo, lo cerca que está de mí ese tipo al que no conozco para nada y al que, cual hoguera resplandeciente, es imposible ignorar.

Volteo y lo observo con detenimiento.

—No eres un asesino en serie, ¿no?

Se sujeta el puente de la nariz y me mira.

—¿Lo eres? —insisto.

—Suelen ser tipos caucásicos antisociales.

¿Un hombre atractivo que está en el cine sin acompañante? Mmm...

Levanta una ceja formando un ángulo perfecto.

—Y tienen la misma facha que cualquier otra persona —añade con un tono de suspicacia mientras me examina de arriba abajo.

La luz de los anuncios de la pantalla se refleja en sus ojos y ninguno de los dos se mueve ni tantito. Ya no aguanto más. Río en voz baja y, finalmente, le tiendo la mano.

—Soy Jordan. Perdona por lo del vino.

—¿Jordan? —repite al estrechar mi mano—. No es un nombre muy común para una chica.

—No, la verdad es que no. —Me acomodo en la butaca, me cruzo de brazos, levanto las rodillas y apoyo los pies en los huecos que hay entre las dos butacas de enfrente, que siguen vacías.

—Era el nombre de la amante de Tom Cruise en *Coctel*, ¿te acuerdas?

Levanta las cejas a modo de pregunta.

—¿*Coctel*? —repito—. ¿Esa película de 1988 sobre coctelería acrobática?

—Ah, sí —afirma, aunque por su mirada puedo intuir que no tiene ni la menor idea de qué estoy hablando.

—¿Te gustan las películas de los ochenta? —pregunto, y señalo la pantalla en referencia a la película que estamos a punto de ver.

—Me gustan las películas de terror —aclara mientras me ofrece palomitas—. Esta es un clásico. ¿Y tú qué?

—Me encantan los ochenta. —Agarro unas cuantas palomitas y me meto algunas en la boca—. A mi novio no le agrada mi gusto cinematográfico y musical, pero es que a mí me fascinan. Siempre que pasan algo de esa época, vengo.

Me siento extraña al soltar esa referencia a Cole, pero tampoco quiero dar una impresión equivocada. Doy una ojeada rápida a su mano izquierda; por suerte no veo ningún anillo. No sería muy apropiado estar sentada al lado de un hombre casado.

Me mira con complicidad.

—Y tu favorita es *El club de los cinco*. ¿Me equivoco? —se interesa—. Y cualquiera de John Hughes también, ¿verdad?

—¿Tienes algo en contra de *El club de los cinco*?

—No, las diez primeras veces que la vi no me pareció mal.

Mis labios se curvan en una sonrisa. Okey. A lo mejor sí es verdad que la pasan mucho en la televisión.

Se acerca un poco más a mí.

—Los ochenta fueron la época de los héroes de acción —continúa en voz baja pero grave—. A la gente se le olvida. *Arma mortal, Duro de matar, Terminator, Rambo...*

—Jean-Claude Van Damme —señalo.

—Exacto.

Me muerdo la comisura del labio para no reír, pero se me tensa el estómago igualmente y se me escapa el aire.

—¿De qué te ríes? —pregunta con el ceño fruncido.

—De nada —respondo de inmediato y asiento—. Van Damme. Un gran actor. Tiene películas importantes.

Pero no puedo evitar reírme y él arruga la frente porque sabe que no tengo ni la menor idea de lo que estoy diciendo.

Justo entonces oigo una sonrisa socarrona en alguna butaca detrás de mí. Giro la cabeza por encima del hombro y veo a Jay con los ojos fuera de la pantalla, inclinado sobre la chica y revolcándose con ella entregadísimo.

—¿Los conoces? —quiere saber.

Niego con la cabeza. No tengo por qué contarle mi vida.

Nos quedamos callados y me termino las palomitas que agarré antes mientras dejo caer la cabeza hacia atrás y miro

el techo de la sala, con sus elevados arcos antiguos de color dorado. Se mueve a mi lado y respiro con lentitud a pesar de que siento la fuerza con la que late mi corazón.

¿Por qué estoy nerviosa? ¿Es por Jay?

No. Ni siquiera estoy pensando en él ahora mismo.

La gente habla a nuestro alrededor mientras espera que empiece la película, pero no logro descifrar qué dicen. Tampoco es que me importe. Una especie de calor me recorre el cuerpo.

—Bueno, dime. ¿Qué estudias en Doral State? —me interroga.

Le lanzo una mirada de sorpresa. ¿Cómo sabe dónde estudio?

«Asesino en serie».

Entonces señala la mochila que dejé en el suelo, de donde cuelga un llavero con el logo de la universidad.

«Ah, claro».

Me enderezo.

—Paisajismo. Quiero hacer de los espacios exteriores lugares bonitos.

—Suenan bien. Yo me dedico a la construcción.

Sonrío.

—O sea que tú haces bonitos los espacios interiores.

—Los hago funcionales —me corrige.

Dirige sus ojos castaños hacia mí, con una mirada cálida y penetrante que de golpe desciende hasta mi boca y, por un instante, me provoca mariposas en el estómago. Enseguida la desvía hacia otro lado. Yo miro al suelo. Me cuesta trabajo respirar.

Me aclaro la voz y me agacho. Saco la caja de donas de la mochila, la dejo encima de la bandeja y la abro.

El dulce olor de los panes se cuela por mi nariz. Mi estómago ruge.

Miro a la pantalla y me pregunto si la película empezará pronto. Estaba guardando las donas para ese momento, pero me estoy muriendo de hambre.

Siento sus ojos clavados en mí. Lo miro y le cuento de dónde han salido las donas:

—Es mi cumpleaños. Además del vino, mi jefa me regaló lo más parecido a un pastel que encontró en un súper.

Tomo uno, me recuesto y vuelvo a poner los pies en el reposabrazos de adelante.

—¿Te vas a comer seis donas?

Me quedo con la dona a medio milímetro de la boca y lo miro.

—¿Te da asco o algo?

—Claro que no. Era solo por si podía robarte uno.

Sonrío y señalo la caja, dándole a entender que puede servirse él mismo.

Elige uno que solo tiene glaseado. No sé si es el tipo de persona a la que no le gustan las chispas de chocolate de adorno o si me está dejando las donas que las tienen a mí. Sea como sea, me gusta el gesto. Nos acomodamos y comemos en silencio, pero no puedo evitar mirarlo de vez en cuando.

Su cabello es castaño claro y sus ojos azules, verdes o de color miel, según como le dé la luz de la pantalla. Su nariz es afilada y una barba de dos días cubre su cara, de forma más bien oval. Mis ojos se sienten atraídos por el movimiento de sus marcadas líneas maxilares al masticar. Intuyo, por las finas patas de gallo que rodean sus ojos, que tiene más de treinta años, aunque quizá esas marcas se deban a las horas que se pasa trabajando al sol. Es alto y fuerte, está en forma y tiene la tez morena. De repente, desvía los ojos a un lado, como si notara mi mirada. Vuelvo a concentrarme en la pantalla.

«Maldición».

No pasa nada, ¿verdad? Es normal que piense que alguien es atractivo. Le pasa a todo el mundo. O sea, Scarlett Johansson es atractiva, lo que no quiere decir que me guste.

Mordisqueo la dona de nuevo y mis ojos se deslizan hacia un lado, estudiando sus brazos y tatuajes. Engranajes y tornillos negros, como el esqueleto de un robot, algo tribal que indica claramente que fue un niño de los noventa, y algo que creo que es un reloj de bolsillo y que da la sensación de que quiera salirse de la piel, aunque no consigo verlo con claridad. Es como un revoltijo de tatuajes que no parecen compartir temática, pero son bonitos. Seguro que cada uno esconde una historia diferente.

Doy otro mordisco a la dona. El glaseado rosa y las chispas de chocolate están tan ricos que quiero comerme la cobertura entera de un solo bocado.

—¿Sabes? No estaría mal tener abdominales —digo mientras mastico—, pero estas donas están demasiado buenas. Se ríe, me mira y continúa riendo entre dientes.

—¿Qué?

—Nada. Eres... —Desvía la mirada, como si buscara las palabras—. Eres, o sea, no sé, interesante o... algo así. —Sacude la cabeza—. Perdona, no sé qué estoy diciendo. —Hace una breve pausa—. Simpática —suelta de golpe, como si se hubiera acordado—. Quería decir que eres simpática.

Me da un vuelco el estómago y siento el rubor en las mejillas, como si volviera a estar en quinto de primaria y fuera un megacumplido que un niño dijera que eres simpática. Ya sé que está hablando de mi personalidad y no de mi apariencia, pero me halaga igualmente.

Se termina la dona y da un sorbo a su bebida.

—Bueno, ¿cuántos años tienes? —pregunta—. ¿Unos veintitrés? ¿Veinticuatro?

—Claro. Algún día.

Suelta una carcajada.

—Diecinueve —confieso.

Toma aire profundamente y suspira. Hay algo distante en su mirada.

—¿Qué?

Me como el último trozo de dona, me limpio las manos, me arrellano y apoyo la cabeza en la butaca.

—Quién volviera a esa época —rumia—. Parece que fuera ayer.

A ver, ¿qué edad debe de tener? No puede ser que sus diecinueve estén tan lejos. ¿Cuánto hará?, ¿diez, doce años?

—Si pudieras volver atrás en el tiempo, ¿cambiarías algo? —pregunto curiosa.

Sus labios forman una tensa y efímera sonrisa. Luego me observa y pone cara seria.

—Déjame que te dé un consejo, ¿okey?

Escucho y lo miro fijamente a los ojos.

—Ve por todo.

«¿Eh?».

Debe de ver la confusión en mi rostro, porque añade:

—Los años pasan a una velocidad vertiginosa —explica— y el miedo te da las excusas que buscas para no hacer aquello que sabes que deberías hacer. No dudes de ti misma, no te cuestiones tanto las cosas, no dejes que el miedo se apodere de ti, olvídate de la pereza y no antepongas la felicidad de los demás a la tuya. Hazlo y punto. ¿Estamos?

Me quedo mirándolo y, por desgracia, eso es todo lo que hago. Quiero sonreír, porque lo que me ha dicho ha sido bonito y me ha llegado al corazón, pero también siento algo que no logro descifrar. Es como una avalancha de emociones que me impide hacer nada más aparte de respirar de forma superficial.

—Sí —susurro.

No tengo claro si sus palabras son lo que yo quería o necesitaba escuchar, pero se me ensanchan un poco los hombros y levanto más la barbilla, como si me acabara de dar un empujón. Ahora yo soy un poco más valiente y ese tipo se acaba de convertir en mi nuevo héroe.

Saca una cajita y enciende un cerillo, cuya llama, aunque pequeña, brilla con fuerza. La clava en una de las donas y el reflejo ilumina el glaseado rosa que Shel pidió a sabiendas de que es mi color favorito. Un detalle que me hace mucha ilusión.

Bajo los pies de los reposabrazos, me inclino hacia delante, cierro los ojos, pido un deseo (sin decirlo en voz alta, claro) y soplo.

No pedí lo que pediría normalmente. Mi cerebro se quedó en blanco, como si la vida fuera de este cine no existiera, y soy incapaz de recordar qué quiero o qué necesito ahora mismo. Pedí lo único que se me ocurrió.

Ambos nos recostamos y nos acomodamos de nuevo. Agarramos una dona cada uno y la luz por fin se atenúa, dejando paso al sonido de la película.

Durante los próximos noventa minutos, comemos y reímos, y yo me tapo la cara un par de veces porque ya sé qué viene a continuación. Me sobresalto de vez en cuando y me río cuando le pasa lo mismo a él, porque parece que se avergüenza de ello. Al cabo de un rato, me doy cuenta de que he inclinado la cabeza ligeramente hacia él, que tiene un pie apoyado en la silla de adelante y la cabeza también echada hacia atrás. Y no estamos para nada incómodos. Ni siquiera he pensado en mantener cierta distancia.

No veo muchas películas en compañía. No estoy acostumbrada a sentarme en silencio al lado de alguien. Los horarios de Cole no suelen coincidir con los míos; mi hermana, Cam,

ya no tiene tiempo libre, y después de la graduación (hace un año más o menos), dejé de verme con casi todos los amigos de la preparatoria. Poder compartir un rato con alguien no está nada mal.

Cuando aparecen los créditos, tengo la impresión de que no recuerdo mucho de la película. Sin embargo, hacía mucho tiempo que no estaba tan relajada. Me he divertido. He reído y he bromeado, y me he olvidado de todo lo demás. Lo necesitaba de verdad. Sinceramente, no tengo muchas ganas de irme a casa todavía.

Se van encendiendo las luces de la sala. Me endezco poco a poco, pongo los pies en el suelo, me trago el nudo que tengo en la garganta y lo miro. Él hace lo propio, pero casi ni repara en mis ojos.

Cuando estoy de pie, me cuelgo la mochila en el hombro y recojo mis cosas.

—Bueno, pasan *Juegos diabólicos* en unas semanas —me dice por detrás mientras se levanta y toma sus cosas—. Si te veo, me aseguraré de sentarme unas filas detrás de ti.

Me acuerdo del incidente del vino y río para mis adentros. Nos alejamos de nuestra fila y nos dirigimos hacia las puertas. Jay y su cita ya no están en sus butacas. Deben de haberse ido ya, pero, a decir verdad, hace un buen rato que me olvidé de que estaban aquí.

Juegos diabólicos. ¿Insinúa que vendrá a verla? ¿Es esa su forma de hacérmelo saber como quien no quiere la cosa por si se me antoja acercarme?

Seguramente no. Sabe que tengo novio.

Aun así, no puedo evitar preguntarme qué pasaría si Cole y yo no siguiéramos juntos dentro de un mes. ¿Vendría al cine ahora que sé que él va a estar?

Pestaño lentamente y un sentimiento de culpa va apoderándose de mí mientras camino por el pasillo. Es muy proba-

ble que sí. No es que haya mucho para escoger en esta ciudad, y esta noche me la pasé bien. Es un tipo interesante.

Y guapo.

Y trabaja.

Debería juntarlo con mi hermana mayor. No me explico cómo le ha pasado desapercibido durante todo este tiempo.

Cruzamos la puerta. Somos los últimos en salir del cine. Nos detenemos en el vestíbulo y tiramos la basura.

Levanto la cabeza para mirarlo. Se me paraliza el corazón al verlo delante de mí, tan alto, bajo la blanca luz. Ojos de color miel. Definitivamente son de color miel, tirando a verde alrededor del iris.

No lleva el cabello muy largo, lo justo para que puedas agarrarlo con los dedos, y no lleva demasiados afeites. Bajo mi mirada hasta su suave y bronceado cuello, aunque la camiseta no me deja ver si tiene la marca del bronceado.

¿Es siempre así? Una imagen de este hombre, sin camiseta, dando golpes con el martillo y acarreando madera se cue-la en mi mente y...

Vuelvo a cerrar los ojos y aparto la imagen de mi cabeza. «Guau, okey, detente».

—Em... Más vale que me vaya yendo —le digo, agarrando la tira de la mochila—. Con un poco de suerte, mi novio ya estará esperándome en el bar.

—¿El bar?

—¿El Grounders? —respondo. Estoy bastante convencida de que sabe cuál es.

Solo hay tres bares en la ciudad, y el Grounders es uno de ellos. No obstante, muchos prefieren el Poor Red's o el club de *striptease* antes que el antro donde trabajo.

—Hoy salí un poco antes, lo cual no suele ocurrir muy a menudo. Mi novio tenía que recogerme, pero no pude contactarlo. Imagino que ya habrá llegado.

Abre la puerta y la sujeta para que yo pueda salir. Me sigue.

—Bueno, espero que, aunque hayas tenido que trabajar, hayas disfrutado de tu cumpleaños —dice.

Giro a la derecha, en dirección al Grounders. Y él, a la izquierda.

—Gracias por la compañía —contesto—. Espero no haberte arruinado la película.

Clava los ojos en mí, con una mirada indescifrable, y su respiración se acelera. Finalmente, mueve la cabeza y aparta la vista.

—Para nada.

Nos quedamos en silencio un segundo y nos vamos alejando poco a poco, sin que ninguno de los dos le da la espalda al otro.

El silencio crece entre nosotros y cada vez estamos más lejos. Al final, se despide de mí con la mano, antes de esconder las dos en los bolsillos traseros de los pantalones.

—Buenas noches —añade.

Me quedo mirándolo. «Buenas noches».

Me doy la vuelta y siento que tengo un nudo cada vez más grande en el estómago.

Ni siquiera sé cómo se llama. Me gustaría poder saludarlo algún día, si me lo vuelvo a encontrar.

No me da tiempo de obsesionarme porque suena el teléfono, lo saco del bolsillo y veo que el nombre de Cole aparece en la pantalla.

Me detengo junto a la banqueta y respondo.

—Ey, ¿estás en el Grounders? —pregunto—. Estoy llegando.

Silencio. Me detengo antes de volver a hablar.

—¿Cole? ¿Estás ahí?

Nada.

—¿Cole? —digo en un tono más alto.

Se corta la llamada. Me dispongo a llamarlo de nuevo, pero de pronto oigo una voz detrás de mí.

—¿Tu novio se llama Cole? —me pregunta el hombre del cine—. ¿Cole Lawson?

Volteo y lo veo acercarse a mí lentamente.

—Sí —contesto—. ¿Lo conoces?

Duda un instante, como si estuviera sopesando algo. Me extiende la mano y se presenta por fin.

—Soy Pike. Pike Lawson.

«¿Lawson?», repito para mis adentros.

—Su padre —añade.

Se me corta la respiración.

—¿Cómo?

«¿Su padre?».

Me ha dejado con la boca abierta, aunque la cierro al instante mientras miro a ese hombre con otros ojos a medida que voy interiorizando lo que me acaba de decir.

Cole solo ha hablado de su padre alguna vez de pasada. Sabía que vivía en la ciudad, pero, por lo que tengo entendido, no se llevan mucho. Por lo poco que me ha contado Cole, yo me había hecho una imagen de este hombre que nada tiene que ver con el tipo del cine. Es guapo.

Y es fácil hablar con él.

Y no parece tan grande como para tener un hijo de diecinueve años ni de broma.

—¿Su padre? —repito en voz alta.

Me lanza una breve sonrisa y me doy cuenta de que él tampoco se esperaba esto.

Su celular vibra. Lo saca del bolsillo y mira quién es.

—Y, si me llama, es porque se ha metido en algún lío —suelta con la mirada clavada en la pantalla—. ¿Quieres que te lleve?

—¿A dónde?

—A la comisaría, supongo —suspira, lo contesta y empieza a caminar—. Vamos.